

EDITORIAL

Vivimos en nuestro país la encrucijada de una compleja trama de violencias. Ésta no es nueva ni esporádica; tampoco fortuita, como bien se ilustra en el caso específico del Magdalena Medio colombiano, en el presente número: se trata de construcciones históricas y de confrontaciones e hibridaciones culturales, así como de seculares disputas por la tenencia y el uso de la tierra, tal y como lo plantean Carlos E. Angarita y Luis Felipe Vega en sus respectivos artículos.

La investigación *Mentalidades e imaginarios religiosos de personas en situación de desplazamiento forzoso*, que se adelanta en la Facultad de Teología en asocio con el Servicio Jesuita a Refugiados, ha servido para mirar la violencia desde la perspectiva de sus víctimas más preclaras: las desterradas o desarraigadas, expulsadas abruptamente de su medio, donde conocieron la luz de la vida.

Estas personas y comunidades han sido objeto de numerosos estudios en las últimas décadas. Sin embargo, muchos de tales trabajos de las ciencias sociales han terminado por convertir a las víctimas en meras cifras, y han desnaturalizado con ello la necesidad de justicia. La teología tiene en su empeño por la justicia una palabra propia que pronunciar, en aras de volver a la esencia de su quehacer y de su aporte, según lo propone José María Vigil en su texto: "Teológicamente hablando, en sentido dogmático-sistemático, la verdadera naturaleza de la opción por los pobres, es la opción de Dios por la justicia. La 'radiografía teológica' de la opción por los pobres, el fundamento sobre el que se sostiene, lo que en realidad la constituye, es la opción de Dios por la justicia." Es decir, si se hace justicia será posible que el rostro de Dios nos sea revelado.

Interesa, pues, que la teología y las ciencias sociales recuperen los rostros de quienes han sido condenados a la miseria y al anonimato. Que hablen de ellos y de ellas, según Vigil, como los “injusticiados”. Para tal fin, Algemirol Vergara propone una categoría central que muy probablemente ayudará al diálogo interdisciplinario entre la teología y las demás ciencias humanas: la del “imaginario social”. Con ésta, a la par de dar cuenta de los mecanismos institucionales que configuran las relaciones sociales, se puede hacer una aproximación a la subjetividad de los individuos y de las comunidades. Un ejercicio aplicado de esta matriz se encuentra también en el texto de Carlos Angarita.

En la lectura particular de los imaginarios religiosos aquí analizados, se señalan hasta el momento las distancias existentes entre la fe de las víctimas y el Jesús histórico de la fe neotestamentaria. Es el problema teológico que formula Pablo Richard en su *Lectio inauguralis*, en la Facultad de Teología:

En nuestro pueblo católico, el Jesús de la fe presente en la piedad de la Iglesia o en la religión popular, tiene poca relación con el Jesús de la historia. El Jesús de la fe es vivido en forma intimista, individualista, pietista. Vivimos un Jesús idealizado como un Jesús que es “solo corazón” (el “sagrado corazón”) o un Jesús infantilizado en una imagen estática de niño o un Jesús exaltado como rey a la manera de los emperadores.

Es que en la fe de la población referida, ni siquiera está ausente el Jesús histórico. Toda figura de Jesús parece ocultada o hipostasiada en la devoción a la Virgen del Carmen, en una mezcla compleja de piedad católica y de prácticas religiosas de origen yareguí, la cultura indígena de la región, ya desaparecida. El pormenorizado examen de Roberto Solarte así lo muestra, descubriendo, además, el potencial liberador de lo femenino que allí subyace, como base de una nueva evangelización.

Evidentemente este asunto levanta muchas preguntas al carácter violento de las sociedades construidas, a sus posibles alternativas y al mismo quehacer eclesial. El análisis

del contexto regional que aquí se aborda logra mostrar igualmente la crisis de la gran cultura donde ha estado inserto el proceso evangelizador, anunciada por Pablo Richard:

...el Jesús de la historia, y la interpretación de los cuatro Evangelios desde el Jesús de la historia, no sólo es memoria, credo y canon para una reforma de la Iglesia, sino para un cuestionamiento de toda la así llamada "*civilización cristiana occidental*", civilización construida sobre el modelo de cristiandad constantiniana.

A manera de salida de esta encrucijada histórica y teológica, la investigación indaga la espiritualidad real de los desplazados forzosos desde una opción metodológica de carácter narrativo, síntesis entre el lenguaje literario y las técnicas etnográficas que se han utilizado. Esta exploración hecha por Carlos E. Román ayuda a aproximarse al mundo interno de las víctimas, a sus creencias y a sus necesidades corpóreas concretas en medio de ese "gran recreo de Dios", tan semejante al "silencio de Dios" que, de otro modo, trata Ciro Smith en su lectura teológica y estética.

Entonces se abre la posibilidad: aún queda la esperanza, no como simple deseo, sino en tanto experiencia real de fe. Las víctimas pueden hacerse sujetos, pueden ser reconocidas en su humanidad, en la medida en que transforman pacíficamente la inhumanidad de los victimarios. Es la acción de Dios que encuentra sus fuentes más profundas en los relatos bíblicos y su actualidad en pequeñas comunidades desterradas y retornadas que resisten de manera no violenta a la muerte: así lo atestiguan Carmiña Navia y Abilio Peña, respectivamente.

De este modo, los artículos que aquí se ofrecen son una invitación a escuchar –tras los discursos de teólogos y teólogas– las voces de desterradas y desterrados que se niegan a morir en el limbo del anonimato y que, misteriosamente, aún creen en la vida y en el Dios que siempre la otorga. Más allá del destierro, más allá del silencio, la esperanza de una fe, de una nueva vida, aquí, en esta tierra.

